

Pereyra, Marcelo R. (diciembre 2005). *Dispositivos de exclusión simbólica en las noticias : La criminalización mediática*. En: Encrucijadas, no. 35. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubu.sisbi.uba.ar>>

DISPOSITIVOS DE EXCLUSION SIMBOLICA EN LAS NOTICIAS

La criminalización mediática

Los discursos informativos pueden ser entendidos como relatos de control social en la medida en que naturalizan el accionar represivo de las agencias policiales y judiciales. Sin embargo, es posible pensar también que la narración de las agendas informativas se ha transformado en un dispositivo de exclusión simbólica de los sectores sociales marginados. Por lo general, estos sectores son criminalizados tanto en la información sobre el delito como en la de las expresiones públicas de protesta. Los cambios operados en los últimos años en la construcción de la noticia permiten desentrañar el significado político de esa criminalización mediática.

MARCELO R. PEREYRA

Licenciado en Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Auxiliar docente, cátedra Teorías sobre el periodismo, Facultad Ciencias Sociales, UBA. Auxiliar docente, seminario "La vida cotidiana en las narrativas institucionales y sociales sobre la violencia" (a cargo de la profesora Stella Martini). Investigador de apoyo en el proyecto UBACYT S109 (2004-2007): "La comunicación del delito y la violencia en la vida cotidiana: estudio de prácticas, discursos y representaciones de instituciones gubernamentales, sociedad civil y medios masivos". Director de la revista electrónica Contracultural (<http://www.contracultural.com.ar>). Miembro del Consejo Editorial de la revista electrónica Perspectivas regionales. El Norte de la comunicación. marceloper@uolsinectis.com.ar

Otro aluvión zoológico

Bajo el capitalismo reconvertido y resemantizado como neoliberalismo, se exponenciaron las magnitudes del desempleo, la pobreza y la indigencia y, concentración del ingreso mediante, se extremaron las distancias sociales. Se conformaron de esta manera dos sectores sociales nunca tan netamente diferenciados: los incluidos y los excluidos. La antigua sociedad integradora –la sociedad del trabajo– se transformó en una sociedad atomizada, fragmentada, cuya agenda estalló en infinitas demandas sectoriales que superan la sola reivindicación por un mejor pasar económico (Feijoó, 2003). Pero desde mediados de los '90 no solamente son pobres los desocupados sino muchos de los que trabajan. En este proceso de su empobrecimiento, los sectores medios y bajos comenzaron a entender que el mundo había cambiado de maneras no previstas en su imaginario, e iniciaron un proceso de culpabilización de los que están por debajo de ellos en la escala social.

Desmembrado el movimiento gremial gracias a las políticas de desindustrialización y de privatización, los desocupados-piqueteros pasaron a ser los protagonistas más públicos del conflicto social.

Hace diez años el término "piqueteros" gozaba de cierta simpatía en tanto ejemplo de lucha contra lo peor del neoliberalismo, pero conforme la crisis se fue expandiendo a otras clases, adquirió una connotación fuertemente negativa asociada al delito. La utilización de pañuelos en la cara por parte de muchos de sus militantes, para evitar ser identificados en las filmaciones policiales, fue una de las excusas para su criminalización.

Las muchedumbres de manifestantes, provenientes de los suburbios pobres, que llegan semana tras semana hasta el “corazón de la city porteña” son presentadas por los medios como una horda peligrosa que sitia la ciudad. El imaginario de un “aluvión zoológico” que invade un territorio que no le pertenece continúa tan vigente como lo estuvo el 17 de octubre de 1945, cuando los obreros peronistas arribaron a la Plaza de Mayo para reclamar la libertad de su líder.

De esta forma en los medios masivos el acontecimiento de la protesta se construye a partir de sus efectos y no de sus causas. Los desocupados-piqueteros son incluidos en las agendas periodísticas sólo como provocadores del caos en el tránsito urbano –y no como actores políticos–, con lo cual se despolitiza el conflicto. La figura del caos reviste aquí una doble significación: demoniza al manifestante y sobredimensiona el supuesto perjuicio provocado por la protesta (Iglesias, 2005).

Se hace evidente entonces que a la hora de representar la protesta de los desocupados los medios se ponen del lado de los perjudicados por sus efectos. Refuerzan así el contrato de lectura con sus públicos porque se ocupan de sus problemas representando una de las zonas conflictivas de su mundo.

Las distintas agencias del Poder también sancionan la protesta. El Poder Judicial –que debería ser el más sensible frente a la marginalidad– en vez de proteger a los manifestantes es el primero en hostigarlos. También son cuestionados por políticos y funcionarios gubernamentales. Aun cuando durante la protesta la violencia se suele desatar a partir de la represión, jueces, funcionarios y medios asignan únicamente el carácter de violentos a los piqueteros. Esta estigmatización basada en una estereotipación de la violencia deslegitima su metodología de lucha, y al excluírseles del ámbito ciudadano se les niega la vida pública y se los recluye en su privacidad excluida.

Los nuevos delincuentes

Actualmente se percibe al delito como un constituyente habitual de la vida cotidiana (Pegoraro, 2003). En las clases más privilegiadas, esta percepción obedece en parte a sus propias experiencias victimizantes, pero en realidad se debe fundamentalmente al estado de alarma generado por los discursos periodísticos.

Se asocia al delito no con la peligrosidad de los individuos sino con la de ciertos grupos sociales (Daroqui, 2003). Son especialmente los pobres los señalados directa o indirectamente como principales responsables del aumento de la inseguridad urbana. En los medios es común que el hábitat de la pobreza sea presentado como el del delito. Los barrios del sur de la ciudad de Buenos Aires y el conurbano son los escenarios del crimen más jerarquizados en la información. La prensa gráfica utiliza dos modalidades para ello: los diarios de lectorado popular pueden agrupar en la tapa del día una serie de hechos delictivos que ocurren en dichos escenarios, pero que no guardan otra relación entre sí. Consideradas individualmente, esas noticias suelen tener baja noticiabilidad, pero su selección y agrupación arbitraria y circunstancial, y su presentación en la tapa acompañadas de una retórica sensacionalista con imágenes de impacto dramático, interpelan las emociones del lector; el miedo se internaliza y esas zonas geográficas pauperizadas pasan a ser entendidas como peligrosas.

Por su parte, los diarios "serios" apelan a una explicación supuestamente más racional sobre la geografía del delito. Consiste en la publicación de estadísticas, mapas e

infografías que ilustran los informes que difunden las agencias policiales y judiciales sobre las zonas de la ciudad y su periferia donde se denuncian y/o cometen más delitos. Pero además, para el caso particular de la zona norte del Gran Buenos Aires, estos diarios subrayan el riesgo que representa el hecho de que los countries y barrios cerrados tengan en sus cercanías barrios pobres, dando a entender que la zona entera ha devenido peligrosa porque en ella hay pobres, y sobre todo porque hay pobres viviendo cerca de los ricos (Pereyra, 2004, b).

Las infografías y los "mapas del delito", modalidades enunciativas de reciente implementación, funcionan como énfasis de los textos y, a la vez, por la cantidad de información que ofrecen adquieren un estatuto propio tan importante como el textual. Si la gran ciudad y sus suburbios son en sí mismos espacios de representación de las desigualdades sociales, la segregación se reproduce en las agendas de los medios donde los pobres son los victimarios por excelencia. La singularidad de la situación presente es que esta representación ya no es propia de la nota roja de los diarios amarillistas: ahora se ha extendido a todo el espectro mediático y atraviesa sus distintas agendas. Es por ello que la acción de los medios es factor fundamental en la sensación de amenaza que los pobres les generan a vastos sectores de la sociedad urbana.

Sincronizando sensaciones

A menudo, delitos de entidad similar que se producen dentro de un rango relativamente estrecho de tiempo son presentados por los medios como "ola de inseguridad". En realidad, la inseguridad no es el problema sino el efecto que genera en la población la sobrerrepresentación mediática del delito. En las noticias policiales, las retóricas sensacionalistas coadyuvan a generar una campaña de alarma social que dificulta una visión contextualizada de las problemáticas del delito y la pobreza. Éstas no son entendidas como del orden de lo político-económico, sino de naturaleza microsociales o individual, ya que se las termina reduciendo a un crecimiento de la crueldad de los grupos vulnerables, siempre los otros-ilegales en las representaciones del delito presentes en los discursos mediáticos y oficiales. Pero además, son los grupos que desde siempre han sido etiquetados como delincuentes por las instituciones penales, de manera tal que se ha conformado un estereotipo histórico delincencial.

También en el discurso noticioso hay estereotipación. Se asiste en los últimos quince años a un progresivo deterioro de la calidad de la información, conformada ahora más por imaginarios que por datos puros y útiles para la constitución de ciudadanía. Por lo tanto, los estereotipos son cada vez más frecuentes en los discursos mediáticos, precisamente porque son la materia prima que utilizan clases, subclases y grupos sociales para imaginar su identidad.

Pero un exceso de estereotipación lleva a su vez a estigmatizaciones que refuerzan el discurso de la exclusión, ampliando de esta manera asimetrías identitarias y sociales. De esta forma, los medios masivos, sobre todo en épocas de crisis, reactivan imaginarios reaccionarios y xenófobos en los que los otros, en este caso los excluidos del sistema económico-laboral, personifican la amenaza y generan miedos; son por lo tanto los portadores del germen de la inestabilidad y el desorden social. En consecuencia, esas estigmatizaciones se vuelven una herramienta de control social, porque aún cuando la otredad es una condición común, la distancia social y simbólica que nos separa de los otros puede ser mayor o menor, y se ensancha o se acorta según la carga afectivo-tributiva que porta (Margulis, 1998).

Para las expresiones públicas de la protesta también rige un imaginario de miedo donde el que se manifiesta es el otro-peligroso que “sitia” la ciudad. En la información periodística el debate de fondo queda oculto o es desviado. Se puede pensar que ello ocurre porque para entender el conflicto en términos macrosociales los medios deberían recurrir a categorías –vinculadas a los conceptos de clase y lucha de clases– que los comprometerían a ellos mismos como sujetos involucrados en ese conflicto. En suma, el discurso mediático viene aquí también a excluir a los excluidos en tanto ciudadanos-actores políticos que ejercen su derecho a peticionar frente a las autoridades.

No son nuevos los imaginarios que señalan a los pobres como responsables de la violencia y la inseguridad pública; lo nuevo es que actualmente se ven fortalecidos “por la presencia ubicua de unos medios que establecen para cada acontecimiento una sola verdad, un solo ángulo de interpretación, deshistorizando los procesos que propician el inmediatez y la lectura simplista de acontecimientos que requerirían marcos de intelección profundos y reflexivos” (Reguillo, 1998). Si los medios y sus públicos se recortan como un nosotros, ese universo debe necesariamente incluir a los poderes del estado y a sus funcionarios, pues en tanto éstos son fuentes hiperrepresentadas en la información, puede afirmarse que es en definitiva el sentido del mundo que tiene el Poder el que se constituye como representación hegemónica.

De simbolismos y funciones políticas

Marginar, excluir, discriminar: dispositivos que expresan la crisis actual de la posmodernidad occidental, en la que las aspiraciones de los sectores sociales medios y altos por mantener a los excluidos en las márgenes de la estructura societal se encarnan en el discurso mediático. Se trata de una nueva faceta de la lucha de clases que ahora se libra en el campo de la producción simbólica. Aunque la real influencia que tienen los medios sobre la agenda social está en discusión, es incuestionable su calidad de intermediarios simbólicos, lo cual les confiere un poder que es necesario descubrir “allí donde menos se ofrece a la vista” (Bourdieu, 1999). Como sea, los grandes medios tienen la capacidad de imponer una agenda de atributos cuando señalan, identifican y clasifican temas, grupos sociales e individuos. Su función política fundamental es la de legitimar y reproducir las dominaciones de clase (violencia simbólica) “aportando el refuerzo de su propia fuerza a las relaciones de fuerza que las fundan, y contribuyendo así, según la expresión de Weber, a la ‘domesticación de los dominados’” (Bourdieu, op. Cit.).

El delito y la protesta pública ponen en cuestión al sistema de dominación instituido; debe ocultarse que son su consecuencia porque de lo contrario se revelaría la esencia de la dominación misma. Ejerciendo su poder simbólico, los medios contribuyen a ese ocultamiento cuando excluyen a los dominados de la agenda política y los llaman invariablemente como otros-peligrosos. El poder, dice Humpty Dumpty, el personaje de Lewis Carroll, consiste en llamar a las cosas como uno quiere, y que los otros las llamen de la misma manera.

Bibliografía

- Bonilla Vélez, Jorge I. (1997), “Crisis de lo público y medios de comunicación: información, paz y democracia en Colombia”. En Entel, A. (comp.), *Periodistas: entre el protagonismo y el riesgo*. Buenos Aires, Paidós.
- Bourdieu, Pierre (1999), “Sobre el poder simbólico”. En *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires, Eudeba.
- Briceño-León, Roberto (2002), “Introducción. La nueva violencia en América Latina”. En Briceño-León, R. (comp.), *Violencia, Sociedad y Justicia en América Latina*. Buenos Aires,

CLACSO.

–Daroqui, Alcira (2003), “Las seguridades perdidas”, en *Argumentos* 1 (2), mayo de 2003.

–Feijoó, María del Carmen (2003), *Nuevo país, nueva pobreza*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001.

–Hernández García, Sonia: “Un acercamiento a la nota roja: la inclusión y exclusión de las clases vulnerables”.

En www.saladeprensa.org, 45, julio 2002, año IV, Vol. 2.

–Iglesias, Martín E. (2005): “Mediados. Sentidos sociales y sociedad a partir de los medios masivos de comunicación”. En *Cuaderno de Trabajo* N° 57, Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, Buenos Aires.

–Margulis, Mario; Urresti, Marcelo y otros (1998), *La segregación negada. Cultura y discriminación social*. Biblos, Buenos Aires, 1998.

–Pegoraro, Juan (2003), “Una reflexión sobre la inseguridad”. En *Argumentos* 1 (2), mayo 2003.

–Pereyra, Marcelo (2002), “Crisis, protesta social y medios masivos”, en www.contracultural.com.ar, septiembre, 2002.

–Pereyra, Marcelo (2004, a), “Migraciones y pobreza: dos problemáticas en busca de una agenda en los medios de comunicación”. Ponencia en el VII Congreso Latinoamericano de Investigadores de la Comunicación, Universidad de La Plata, octubre 2004.

–Pereyra, Marcelo (2004, b), “Geografías y mapas del delito. Textos y contextos en la prensa gráfica”. Ponencia en las VIII Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, mimeo.

–Reguillo, Rossana (1998): “Un malestar invisible: derechos humanos y comunicación”. En *Chasqui*, 64, diciembre, 1998.